

Amos Oz

Mi querido Mijael

Traducción del hebreo de
Raquel García Lozano

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

Escribo porque las personas a las que amaba han muerto. Escribo porque cuando era niña tenía una gran capacidad de amar y ahora esa capacidad de amar está muriendo. No quiero morir.

Soy una mujer casada de treinta años. Mi marido es el señor Mijael Gonen, un hombre afable, geólogo. Yo le amaba. Nos conocimos en el edificio Terra Sancta hace diez años. Yo asistía de oyente a la Universidad Hebrea cuando aún se impartían las clases en el Terra Sancta.

Nos conocimos así:

Un día de invierno, a las siete de la mañana, yo iba por las escaleras. Un joven desconocido me agarró del codo. Su mano era grande y fuerte. Vi unos dedos cortos con las uñas planas, unos dedos pálidos con pelos negros en los nudillos. Se apresuró a evitar mi caída. Me apoyé en su brazo hasta que cesó el dolor. Me sentía confusa porque era humillante estar así, de repente, delante de extraños: ojos curiosos y escrutadores y sonrisas maliciosas. Y estaba desconcertada porque la palma de la mano del joven desconocido era ancha y cálida. Cuando me sujetó sentí el calor de sus dedos a través de la manga del vestido de lana azul que me había hecho mi madre. Era invierno en Jerusalén.

Quiso saber si me había hecho daño.

Le dije que quizás me había torcido un tobillo.

Comentó que la palabra «tobillo» le gustaba. Y sonrió. Su sonrisa era vergonzante y vergonzosa. Me sonrojé. No me negué cuando me pidió permiso para acompañarme a la cafetería de la planta baja. Me dolía el pie. El edificio Terra Sancta era un monasterio cristiano que fue cedido a la Universidad Hebrea cuando quedó bloqueada la carretera que conducía al campus de Har Hatzofim. Era un edificio frío de pasillos anchos y altos.

Yo caminaba confusa tras el joven desconocido que me sujetaba. Era agradable obedecer su voz. No podía mirarle fijamente a la cara. Me la imaginé alargada, fina y oscura.

—Sentémonos —dijo.

Nos sentamos sin mirarnos. Sin preguntarme lo que quería, pidió dos tazas de café. Yo amaba a mi difunto padre más que a nadie en el mundo. Cuando mi nuevo conocido volvió la cabeza, vi que llevaba el pelo extremadamente corto y que no iba bien afeitado. Sobre todo debajo de la barbilla se le veían unos pelos oscuros. No sé por qué ese detalle me pareció importante, importante para bien. Me gustaron su sonrisa y sus dedos, que frotaban la cucharilla como si tuvieran vida propia y no dependiesen de él. Y a la cuchara le gustaba su contacto. Mi dedo quería tocarle suavemente debajo de la barbilla, en el lugar en donde surgían esos pelos mal afeitados.

Se llamaba Mijael Gonen.

Estaba estudiando tercero de geológicas. Había nacido y crecido en Jolón.

—Hace frío en tu Jerusalén.

—¿Mi Jerusalén? ¿Cómo sabes que soy de Jerusalén?

Me dijo que lo sentía si en esa ocasión se había equivocado, pero que no creía haberlo hecho. Había aprendido a distinguir a los hombres y mujeres de Jerusalén a simple vista. Al decir eso me miró por primera vez a los ojos. Sus ojos eran grises. Vi en ellos un destello de risa, pero no de alegría. Le dije que lo había adivinado. Efectivamente era de Jerusalén.

—¿Adivinado? ¡Oh, no!

Puso cara de ofendido, pero las comisuras de sus labios sonrieron: no, no lo había adivinado. Se veía claramente que yo era de Jerusalén. ¿Se veía? ¿También enseñaban eso en geológicas? No, claro que no. Eso lo había aprendido de los gatos. ¿De los gatos? Sí. Le gustaba observar a los gatos. Un gato jamás se haría amigo de alguien incapaz de amarlo. Los gatos no se equivocan con las personas.

—Eres un chico alegre —afirmé con regocijo. Me reí y mi risa me traicionó.

Después, Mijael Gonen me invitó a acompañarle al tercer piso del Terra Sancta, donde iban a proyectar unos documentales sobre el mar Muerto y la llanura costera.

Al subir las escaleras y pasar por el mismo sitio de antes, Mijael volvió a agarrarme del codo con su mano caliente. Era como si ese peldaño estuviera allí para que se tropezara en él. A través de la lana azul sentí cada uno de sus cinco dedos. Tosió con tos seca y entonces le miré. Él notó mi mirada y se puso colorado. Se le pusieron rojas hasta las orejas. La lluvia golpeaba las ventanas.

—¡Vaya chaparrón! —dijo Mijael.

—Sí, ¡vaya chaparrón! —corroboré en tono excitado, como si de pronto, por sus palabras, hubiese descubierto que éramos parientes.

Mijael titubeó.

—Ya al amanecer había niebla y soplaban un fuerte viento —añadió a continuación.

—En mi Jerusalén el invierno es invierno —dije en tono alegre, recalcando «mi Jerusalén», porque quería recordarle sus primeras palabras. Quería que siguiera hablando, pero no encontré respuesta. No era una persona ingeniosa. Así que volvió a sonreír. Un día de lluvia en Jerusalén, en el edificio Terra Sancta, en las escaleras entre el segundo y el tercer piso. No lo he olvidado.

En el documental vi cómo se evapora el agua hasta que queda solo la sal: cristales blancos y brillantes sobre fango gris. Y en esos cristales, los minerales son como finas y frágiles venas.

El fango gris se iba agrietando literalmente ante nuestros ojos, ya que, al tratarse de un documental instructivo, los procesos naturales se presentaban a cámara rápida. Las imágenes eran mudas. En las ventanas habían puesto telas negras para impedir que entrara la luz, aunque en el exterior la luz era invernal y turbia. Y había un viejo catedrático que, de vez en cuando, hacía aclaraciones y observaciones que yo no entendía. La voz del profesor sonaba rota y cansada. Recordé la bonita voz del doctor Rosenthal, el que me curó la difteria cuando tenía nueve años. Algunas veces, el catedrático señalaba con una fina vara la

parte fundamental de las imágenes, para que los alumnos no desviaran la atención. Solo yo era libre de observar detalles que no tenían ninguna utilidad pedagógica, como por ejemplo, plantas del desierto aplastadas que, tenaces, aparecían una y otra vez en la pantalla a los pies de las máquinas de extracción de potasa. A la débil luz del proyector tenía plena libertad de mirar la vara, el brazo y las facciones del anciano catedrático, que me recordaba una ilustración de uno de los viejos libros que tanto me gustaban. Me vinieron a la memoria las oscuras xilografías de *Moby Dick*.

Retumbaron varios truenos fuertes y roncós. La lluvia golpeaba con furia las ventanas oscurecidas, como si tuviese algo urgente que decir y reclamase ansiosamente nuestra atención.

Yosef, mi difunto padre, solía decir: las personas fuertes son libres de hacer casi todo lo que quieren, pero ni siquiera las más fuertes son libres de querer aquello que quieren. Yo no soy especialmente fuerte.

Mijael y yo nos citamos esa misma tarde en el café Atara, en la calle Ben Yehuda. Se desencadenó una tormenta tan fuerte que parecía querer poner a prueba las paredes de piedra de Jerusalén.

Aún había restricciones. Nos sirvieron achicoria y azúcar en unos sobres diminutos. Mijael bromeó con esto, pero su chiste no tuvo ninguna gracia. No era una persona ingeniosa. O a lo mejor no lo había sabido contar bien. Aprecié su esfuerzo y me agradó ser yo la que le causaba tal tensión. Por mí había perdido la compostura y se esforzaba en mostrarse alegre y divertido. A los nueve años yo aún tenía la esperanza de llegar a ser un hombre de mayor, y no una mujer. De pequeña no tenía amigas. Me gustaban los chicos y los libros para chicos. Me peleaba, daba patadas y trepaba. Vivíamos en Kiriath Shmuel, muy cerca del barrio de Katamon. Había un descampado en cuesta con piedras, cardos y chatarra, y al final de la cuesta estaba la casa de los gemelos. Los gemelos eran árabes, Jalil y Aziz, los hijos de Rashid Shajada. Yo era una princesa y ellos mi guardia de Corps. Yo era una conquistadora y ellos mis oficiales. Yo era guardabosque y ellos cazadores. Yo era capitán y ellos marineros. Yo era espía y ellos agentes secretos. Deambulábamos por calles vacías, nos pateábamos los montes, pasábamos hambre, jadeábamos de cansancio, atormentábamos a los hijos de los ortodoxos, entrábamos a hurtadillas en el monte de Saint Simeon, insultábamos a los policías ingleses. Huíamos y perseguíamos.

Nos escondíamos y salíamos en estampida. Yo dominaba a los gemelos. Era un placer frío. Como lejano.

—Eres una chica tímida —dijo Mijael.

Cuando nos tomamos el café, Mijael sacó una pipa del bolsillo de su abrigo y la dejó sobre la mesa, en medio de los dos. Yo llevaba unos pantalones de pana marrón y un grueso chaleco rojo. Las estudiantes de Jerusalén solían llevar chalecos así por aquellos años para dar una imagen de desaliño. Mijael apuntó con timidez que por la mañana, con el vestido de lana azul, parecía más femenina. Desde su punto de vista, por supuesto.

—También tú parecías distinto esta mañana —dije.

Mijael llevaba un impermeable gris. Durante todo el tiempo que estuvimos en el café Atara no se lo quitó. Al haber pasado del frío gélido al calor, sus mejillas ardían. Su cuerpo era extremadamente delgado. Cogió la pipa apagada y comenzó a trazar figuras en el mantel. Sus dedos jugando con la pipa me relajaban. Tal vez se arrepintió de pronto de lo que había dicho sobre mi ropa, pues, como enmendando un error, dijo que le parecía una mujer guapa. Al decir eso su mirada se concentró en la pipa. No soy especialmente fuerte, pero sí más que este chico.

—Háblame de ti —dije.

—No luché en las filas del Palmaj —dijo Mijael—. Estaba en la compañía de comunicaciones. Era radiotelegrafista en la brigada Carmelí.

Después decidió hablarme de su padre. El padre de Mijael era viudo, y trabajaba en el departamento de recursos hidráulicos del Ayuntamiento de Jolón.

Rashid Shajada, el padre de los gemelos, era funcionario del departamento técnico del Ayuntamiento de Jerusalén durante el Mandato británico. Era un árabe instruido que se comportaba con los desconocidos como un camarero.

Mijael me contó que su padre gastaba casi todo lo que ganaba en pagarle los estudios universitarios: Mijael era hijo único. Su padre tenía grandes esperanzas puestas en él. No estaba dispuesto a reconocer que su hijo era un chico del montón. Por ejemplo, solía leer con ansiedad los trabajos de geología de Mijael, y siempre los elogiaba con las mismas palabras: «Es un trabajo

científico, un trabajo muy riguroso». El deseo de su padre era que Mijael fuese catedrático en Jerusalén, ya que su difunto abuelo paterno había sido profesor de ciencias naturales en la Escuela hebrea de Magisterio de Grodno. Un famoso maestro. El padre de Mijael opinaba que sería estupendo que la cadena continuase de generación en generación.

—Una familia no es una carrera de relevos y un oficio no es una antorcha —dije.

—Pero eso no puedo decírselo a mi padre —dijo Mijael—. Es un sentimental que utiliza las expresiones hebreas como se utilizaban antiguamente las delicadas piezas de una vajilla de porcelana. Ahora, cuéntame algo de tu familia.

Le conté que mi padre había fallecido en el año cuarenta y tres. Era un hombre tranquilo. Se dirigía a todo el mundo como si tuviese que pedir disculpas y ganarse un afecto que no se merecía. Tenía un negocio de radios y aparatos eléctricos, venta y pequeños arreglos. Desde su muerte, mi madre vive en el kibbutz Nof Harim con mi hermano mayor, Emmanuel. Al atardecer se sienta en la habitación de Emmanuel y de Rina, su mujer, se toma un té e intenta enseñar buenos modales a Yosi, mi sobrino, ya que sus padres pertenecen a una generación que menosprecia las buenas maneras. Se pasa todo el día encerrada en una pequeña habitación en un extremo del kibbutz leyendo a Turguénev o a Gorki en ruso, escribiéndome cartas en un hebreo confuso, tejiendo y escuchando la radio. El vestido azul con el que te gustó esta mañana también lo ha hecho Malka, mi madre.

—Estaría bien que tu madre y mi padre se conocieran —Mijael sonrió—. Seguro que tendrían mucho de que hablar. No como nosotros, Jana, que estamos aquí hablando de nuestros padres. ¿Te aburres? —preguntó Mijael con temor, y al hacerlo guiñó los ojos como si la pregunta le hubiese hecho daño.

—No —dije—, no me aburro. Se está bien aquí.

Mijael me preguntó si solo lo decía para no herirle. Respondí que no. Entonces le pedí que siguiera hablando de su padre. Me agradaba cómo lo contaba.

El padre de Mijael es una persona estricta y modesta. Por las tardes dirige gratuitamente la asociación del Partido de los Tra-

bajadores de Jolón. ¿Dirige? Arrastra bancos, pega notas, hace copias de los anuncios y recoge las colillas después de las reuniones. Estaría bien que nuestros padres se conocieran. Ya lo ha dicho, y se disculpa por repetirse y cansarme. ¿Qué estudio en la universidad? ¿Arqueología?

Vivo en una habitación alquilada, con una familia ortodoxa en el barrio de Ahvah. Por las mañanas trabajo en la guardería de Sara Zeldin en Kerem Abraham. Por las tardes asisto a clases de literatura hebrea antigua y moderna. Pero solo voy de oyente.

La palabra oyente rima con atrayente. Mijael intentaba con todas sus fuerzas evitar el silencio, y para ello hacía juegos de palabras, esforzándose por resultar gracioso. Pero la broma no cuajó y volvió a repetirla. De pronto se calló y, enfurecido, hizo un nuevo intento de encender su rebelde pipa. Me alegré de su turbación. Por aquella época aún sentía repulsión por esos tipos viriles y duros que adoraban mis amigas: hombres bruscos del Palmaj que se abalanzan sobre ti derrochando sarcástica bondad, tractoristas de fuertes brazos que llegan cubiertos de polvo del Néguev como conquistadores de ciudades y se lanzan sobre las mujeres como si fuesen parte del botín. Me gustó la turbación del estudiante Mijael Gonen en el café Atara una tarde de invierno.

Un famoso científico entró en el café acompañado de dos mujeres. Mijael se inclinó hacia mí para susurrarme su nombre al oído. Al inclinarse sus labios rozaron mi pelo y pensé: ahora está aspirando el olor de mi cabeza. Ahora mi pelo cosquillea en su piel. Esos pensamientos me agradaron.

— Puedo leer tu mente. Eres transparente. Ahora te estás preguntando qué va a pasar. Cómo hay que continuar. ¿He acertado? — dije.

Mijael se sonrojó de pronto como un niño a quien le han sorprendido robando golosinas.

— Nunca antes he tenido novia formal.

— ¿Antes?

Mijael apartó con cuidado su taza vacía. Me miró. En el fondo de su mirada, detrás de la modestia, flotaba un sarcasmo contenido.

—Hasta ahora.

Un cuarto de hora más tarde, el famoso profesor salió acompañado de una de las mujeres. Su amiga fue a sentarse a una mesa apartada y encendió un cigarro. Su rostro estaba triste.

—Esa señora está celosa — señaló Mijael.

—¿De nosotros?

—Tal vez de ti — Mijael quiso gastar una broma. No lograba ser gracioso a pesar de que lo intentaba con todas sus fuerzas. Si hubiera sabido decirle al menos que su esfuerzo no pasaba inadvertido. Que sus dedos eran fascinantes. No supe hacerlo. Callar me asustaba. Por tanto, le conté que me gustaba encontrarme con las personas famosas de Jerusalén, escritores y profesores. Había heredado esa afición de mi difunto padre Yosef. Cuando era pequeña, mi padre solía mostrármelos cada vez que se cruzaban con nosotros por la calle. A mi padre le gustaba mucho la expresión «de renombre mundial». Me susurraba con gran excitación que ese profesor que acababa de desaparecer por la puerta de una floristería era una persona de renombre mundial, o alguien que iba a adquirir fama mundial. Entonces yo veía a un anciano diminuto tanteando el camino con cuidado, como si estuviese perdido en una ciudad extraña. Cuando en clase estudiábamos los libros proféticos, me imaginaba a los profetas con el aspecto de los escritores y científicos que me mostraba mi padre: personas con rasgos delicados, con gafas, perilla canosa recortada y paso temeroso y dubitativo como si estuviesen bajando por la empinada ladera de un iceberg. Y cuando me imaginaba a esos hombres frágiles lanzando coléricas palabras sobre los pecados del pueblo, me echaba a reír, porque creía que ese arrebato de ira solo conseguiría sacar de sus bocas un agudo chillido. Si algún escritor o profesor entraba en su tienda de la calle Yafo, mi padre volvía a casa como tocado por un haz de luz. Repetía una a una, con devoción, las palabras banales que le habían dicho y se fijaba en las expresiones como si fueran monedas raras. También buscaba alusiones en sus frases, ya que le parecía que la vida era una lección de la que siempre había que aprender algo. Mi padre sabía escuchar. Una vez, un sábado por

la mañana, nos llevó a mi hermano Emmanuel y a mí al cine Tel Or a oír los discursos de Martin Buber y de Hugo Bergman en la asamblea de la organización Brit Shalom. Y recuerdo un curioso episodio: al salir de la sala, el profesor Bergman se detuvo frente a nosotros y le dijo a mi padre: «Realmente no esperaba encontrarle hoy aquí, querido señor Liebermann. Perdón. Usted no es el señor Liebermann, ¿verdad? Y entonces ¿dónde le he visto a usted? Su cara me resulta muy familiar». Mi padre balbuceó. Palideció como si le hubiesen acusado de un delito. También el profesor se turbó y pidió disculpas por su error. Y tal vez debido a lo embarazoso de la situación, me puso la mano en el hombro y le dijo a mi padre: «De cualquier modo, tiene usted una hija —¿es su hija, no?— preciosa». Y debajo de su bigote se dibujó una amable sonrisa. Tampoco mi padre olvidó ese incidente en toda su vida. Hablaba de ello sin parar, con emoción y alegría. Incluso cuando estaba sentado en el sillón, en bata, con las gafas sobre la frente y los labios extenuados, mi padre parecía escuchar en silencio la voz de una autoridad invisible. Y sabes una cosa, Mijael, incluso hoy en día también yo sigo pensando a veces que seré la esposa de un profesor joven que alcanzará renombre mundial. La cabeza de mi marido despuntará bajo la luz del flexo entre pilas de viejos volúmenes alemanes. Y yo entraré de puntillas para dejar sobre su mesa un vaso de té, vaciaré el cenicero, cerraré las contraventanas en silencio y saldré sin que note mi presencia. Ahora te reirás de mí.